El fugitivo se detuvo al oir el eco de aquella voz.

—Gracias, querido señor; Dios os lo premie.

—¡Traédmele! volvió á decir Meloir con voz de mando.

Un momento despues, los arqueros hacian entrar á empujones en la sala á un individuo que en nada se parecia á la filiacion dada por el caballero.

Esta filiacion, por muy imperfecta que fuese, hablaba de talle flexible y de larga caballera rubia y sedosa. Por el contrario, nuestro fugitivo tenia todo lo necesario para no ser confundido ni de cerca ni de léjos con una mujer.

Era un moceton alto, de una fealdad muy pronunciada, y provisto de una cabellera de la que cada crin era tan ruda como el diente de una almohaza.

—¡Señor! dijo el arquero Merry, hemos sorprendido á este feo estafermo en el momento en que se deslizaba fuera del patio.

—¿Qué venias á hacer en el patio? preguntó Meloir, que habia vuelto á sentarse en el sillon.

—Venia á hablaros, mi buen señor.

—¿Cómo te llamas?

—Vicente Gueffes, súbdito fiel del duque Francisco, y vuestro mas humilde servidor.

VI.

Maese Gueffes.

En efecto, era maese Gueffes, el digno maese Gueffes, el mendigo y chalan normando, el amante de la hermosa Simoneta, el rival de Juanillo; maese Vicente Gueffes, con su ancha mandibula, su angosta frente, y sus brazos de dos varas de largo.

Y, cosa rara, maese Gueffes decia la verdad.

Habia ido al castillo con objeto de hablar al caballero Meloir.

El caballero Meloir le miró atentamente durante mucho tiempo.

—Compañeros, dijo en seguida, difícil será encontrar una alimaña mas fea que este bergante.

Todos aprobaron esta opinion.

—Pero ya sabeis, prosiguió Meloir, que cuando se despierta sobresaltado se suele tener la vista turbia y los sentidos entorpecidos. Quizá tuviese yo telarañas en los ojos, compañeros, y quizá ví sedosos cabellos rubios en vez de estas cerdas de jabalí, y un talle fino y delicado, en vez de este cuerpo deforme.

Los hombres de armas se reian.

A Gueffes le temblaban todos los miembros.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—Dios me perdone, continuó Meloir, creo que este pícaro es quien me ha robado mi escarcela.

—¡Oh, mi buen señor! ¡mi buen señor! exclamó maese Gueffes, os juro.....

—Bien, bien, buen hombre, dijo Meloir interrumpiéndole, jura lo que quieras, pero yo voy á mandarte ahorcar.

Maese Gueffes se hincó de rodillas.

—! Mi querido señor! dijo con lágrimas en los ojos, y acaso fuese la primera vez en su vida que daba tal muestra de enternecimiento, ¡mi querido señor! la muerte de un pobre inocente no os restituirá vuestra escarcela, y si me dejais vivir, os suministraré los medios de granjearos la buena voluntad de nuestro señor el duque.

—¿Sabes, por ventura, dónde se oculta el traidor Maurever? preguntó Meloir con viveza

—Sí, mi querido señor, replicó maese Gueffes sin vacilar.

—Dilo y salvas tu vida.

Maese Gueffes era un hombre harto avezado á los negocios para no ver que la crísis habia pasado.

Se enderezó un poco, y su mirada dió vuelta al círculo que le rodeaba.

—¿Me perdonareis la vida? repitió; sois muy generoso, mi querido señor.

—Vamos, habla, exclamó Meloir.

Maese Gueffes acabó de enderezarse.

—A la luz de la luna, allá abajo, sobre la colina, dijo muy tranquilamente esta vez, he visto pasar vuestra escarcela, querido señor ¡Oh! ¡qué sedosos cabellos rubios y qué sonrisa tan traviesa!

—Vamos, habla.

—Cuatro piernas andan mas que dos. Hombres de armas, montad á caballo, si gustais seguir el consejo de un cristiano honrado y pobre. Bajad por la aldea y caminad en derechura hácia las playas; allí encontrareis la escarcela. Y despues que os hayais marchado, añadió mirando á Meloir frente á frente, yo hablaré á mi querido señor.

—¡En marcha! gritó Meloir.

—¿Y si es un brujo, observó Kervoz, y durante nuestra ausencia os ahoga, señor?

Meloir miró á maese Gueffes de reojo.

—¡Bah! dijo, ya va á amanecer, y tendré la mano apoyada en mi daga. ¡En marcha!

Los hombres de armas y los arqueros se pusieron en movimiento. Los caballos estaban dispuestos en el patio.

Se oyó abrir la puerta grande, luego el ruido de la cabalgata que se ponia en marcha, y luego nada mas.

—¡Ira de Dios! murmuró Meloir, van á volver con las manos vacías..... ¡ah! si tuviese mis doce lebreles de Rieux! pero pasado mañana á estas horas deben estar ya en Dinan, y mañana los tendremos aquí.

—¿Con que eso es cierto, señor? dijo maese Gueffes muy respetuosamente.

—¿El qué?

—¿Que cazareis á Maurever en las playas con esos lebreles de raza?

—¿Qué te importa?

—Me importa mucho, querido señor, en atencion á que se me ha metido en la cabeza la idea de ganar los cincuenta escudos de Nantes, prometidos por Francisco de Bretaña al que.....

—¡Já, já! dijo Meloir, ¿lo haces tambien por la chicuela de Simon le Priol?

Maese Gueffes se tornó amarillo.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—¿Segun eso, murmuró, hay algun otro que quiere ganar los 50 escudos de Nantes para la chicuela de Simon le Priol?

—¿Es muy bonita? preguntó Meloir en vez de contestar.

—Es rica, replicó maese Gueffes.

Meloir le dió un golpe en el hombro.

—Qué buen compañero eres, amigo Gueffes, exclamó. ¿Y la profesas amor?

—¿Yo? sí, señor.

—¿Y ella, te ama?

—Señor, no me cuido de eso. Es una chica muy prudente.

—Enhorabuena. Eres el rey de los filósofos, maese Vicente Gueffes. Pero ahora recuerdo..... No necesitaremos mis lebreles de Rieux puesto que sabes donde se oculta Mr. Hue de Maurever.

—¿Hé dicho yo que lo sabia?

—Sí, ¡ira de Dios! á no ser por eso....

—Señor.... cuando se tiene la soga al cuello....

—¿Segun eso no lo sabes?

—Lo sabré, señor.

Maese Guefes tenia una sonrisa bastante irreverente en torno de su enorme mandíbula.

—Hablemos razonablemente, repuso. Yo vivo en este pobre agujero de San Juan de las Playas, y no sé noticias; sin embargo, me han dicho que os quereis casar con la señorita Reina de Maurever.

—¿Te han dicho eso?

—Mal dote, señor, para un bizarro caballero cual vos. Mal dote son tres castillos arruinados, en donde solo quedan las paredes.

—Y las tierras y sus rentas! amigo Vicente.

—¡Las rentas! las rentas y las tierras las podeis tener sin la

hija, puesto que sus posesiones están confiscadas y el duque Francisco os las ha prometido.

—¡Cómo! exclamó Meloir, ¿tambien sabes eso?

—Sí, señor; he pasado la noche escuchando á vuestros soldados embriagados. Bien... pero no quiero incomodaros, querido señor....

—¿Qué dicen?

—Que la hija de Maurever ama al gallardo hombre de armas Aubry de Kergariou.

—Es muy posible eso, maese Vicente.

—¿Sois tambien filósofo como el pobre Gueffes? preguntó pausadamente el normando.

—¡Ira de Dios! exclamó Meloir colérico, eres un bribon que tienes chispa por cuatro. No, no soy tan filósofo como todo eso, amigo mio; pero mi primo Aubry está en la cárcel, y si Dios quiere, allí se quedará mucho tiempo.

—Si Dios quiere, repitió Gueffes con sorna.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabeis.... lo que la mujer quiere.... comenzó á decir el normando.

—¡Bah! replicó Meloir interrumpiéndole, ese es un refran muy viejo.

—Lo quiere Dios; acabó de decir con tranquildad maese Vicente. Y si yo tengo chispa como cuatro (vos sois quien ha tenido la bondad de decirlo), la hija de Maurever tiene cuatro veces mas que yo.

—¿La conoces?

—Gano mi vida ya en un lado, ya en otro; cuando tengo ganas voy un rato á las puertas de cada cual, y cuando es necesario conozco un poco á todos.

Meloir le cogió de los dos brazos y le puso en frente de latea encendida para mirarle con mas atencion.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—Me parece que te he visto ya, murmuró.

—No será difícil, respondió maese Gueffes, á quien la luz harto próxima hacia abrir y cerrar sus ojillos grises.

—¿En Avranches?

—Puede que sí.

—Al pasar el duque Francisco, un villano gritó...

—¡*Duque, que Dios te olvide*! pronunció en voz baja Gueffes.

—Basta, maese Vicente, tú eras aquel villano.

—Y bien, señor, no habia podido recoger ni una moneda en las larguezas que se hacian en nombre de Francisco de Bretaña.

—¿Y te vengabas?

—Una pobre travesura, mi buen señor.

Meloir le soltó ambos brazos y comenzo á reflexionar.

—Al jugar de esa manera, prosiguió diciendo tranquilamente maese Vicente Gueffes, se suele ganar algunas veces otra cosa que no es moneda. ¿Conoceis el castillo de Guildo, señor?

—¿El antiguo feudo de Guilles de Bretaña?

—Esa sí que es una hermosa posesion, y que os cuadraria muy bien, señor Meloir, y que el duque Francisco ha dado á Juan de la Haise. No es esto decir que el señor Juan no la haya ganado muy bien. Volviendo á mi historia, una vez grité tambien, al pasar Mr. Gilles. Era en la villa de Plancoet. M. Gilles hacia larguezas, y yo no podia conseguir ni un dinero breton, de los que necesitaba seis para hacer un dinero real, á razon de doce cada sueldo tornés. Entonces grité: «Mr. Gilles tiene el fuego de San Antonio bajo la hermosa cota de malla de oro.»

—¡Malvado! exclamó Meloir.

—Un valiente pajecillo, en quien no habia yo reparado, prosiguió Gueffes, cuya mejilla amarillenta tomó un color mas

subido, me cruzó la cara de un palo. Mirad, y mostraba su mejilla enrojecida, en la que una línea blanca se marcaba con suma claridad.

—Buen palo fué, maese Vicente, dijo Meloir.

—Sí, contestó Gueffes. Hace diez años que recibí el golpe, y ved aun la señal; y el cirujano me ha dicho que se verá hasta tanto que el paje esté debajo de tierra.

—El paje deberá ya ser un hombre.

—Es un hombre y noble, señor; maneja una lanza quizá tan bien como vos.

—¿Cómo le llamas?

—Aubry de Kergariou.

Entonces hubo un momento de silencio. El alba comenzaba á teñir de blanco y púrpura el horizonte.

Meloir fué el primero que volvió á tomar la palabra.

—Maese Gueffes, dijo con cierta nobleza, Aubry es primo mio, y yo soy caballero, y os probibo que emprendais nada contra él.

—¡Contra él! ¡yo! exclamó Gueffes con la mejor buena fe del mundo. ¡Ay! ¡Jesús Santísimo! no me conoceis. Deseo que dicho Aubry esté debajo de tierra, es verdad; pero en cuanto á enviarle yo mismo, soy incapaz de ello, mi querido señor. Solo que si hubierais pensado como yo que un ataud se cierra siempre mejor que un calabozo hubiera dicho *amen*.

—Basta de esto, maese Gueffes.

—Como querais, señor. Pero á mí, que no soy caballero, me es lícito abrigar otras ideas, por mi cuenta, se entiende. Tengo tambien un rival al lado de Simoneta; no está siquiera en la cárcel, y si cuanto antes podeis mandarlo ahorcar, tanto mejor.

—¿Cómo, mandarlo ahorcar? exclamó Meloir.

—Es un regalito que os pido además del trato de los cincuenta escudos de Nantes.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—¡Ahorcar á mi amigo Juanillo? dijo Meloir sonriendo.

—¡Oh! ¡oh! ¿le conoceis? ¡Lindo niño! ¿no es verdad?

—¡Preciosa criatura!

—Pues bien, cuando me hayais prometido que le ahorcareis concluiremos de arreglar el asunto de Maurever.

—Pero si nunca se le ahorcará, maese Gueffes.

—¡Bueno! si se le mata de cualquier otro modo... no me paro en pormenores.

—Es que no se le matará.

Al decir estas últimas palabras, el caballero Meloir frunció el entrecejo. Maese Gueffes obligó á su mandíbula á sonreir con mucha amabilidad.

—Querido señor, dijo, vos sois el amo y yo el criado. Veo que me conviene ser amigo vuestro. Entre nosotros, en Normandía, ya sabeis que se regatea todo lo que se puede. Soy de mi país; dejadme regatear. Puesto que no quereis que ese chicuelo sea ahorcado, ni ahogado, ni muerto de ningun modo, se podria dar otro giro al negocio. Vuestro primo Aubry debe tener gran necesidad de un paje allá en su encierro, y seria una obra de caridad darle á ese Juanillo. ¿Os agrada eso, señor?

—Tampoco me agrada eso.

—Entonces, pongámosle un buen jubon galoneado, y hagámosle soldado. ¿Quién sabe? Quizás un dia llegue á ser capitan.

—No quiere ser soldado.

—¡Él! dijo maese Gueffes; eso es muy diferente. Puesto que ese Juanillo no lo quiere...

El honrado maese Gueffes comenzaba á incomodarse.

—Mi querido señor, el destino se ha entretenido en ponernos en una situacion próximamente igual, á vos el ilustre caballero, y á mí, el pobre patan; vos teneis un rival preferido en

Aubry, y yo tengo una espina en el corazon, la cual se llama Juanillo.

—Vamos al caso.

—A ello iba, replicó con la mayor tranquilidad maese Gueffes. ¿Sabeis lo que es filosofía? Es hacer lo peor cuando no se puede otra cosa. Cuando no se puede comer carne, ni pescado, ni pan, ni ningun otro alimento, se roe uno la punta de los dedos para engañar el hambre. Esto es filosofía. Cuando la zorra está muy abajo y las uvas demasiado arriba, la zorra se guarda muy bien de comerlas. Esto tambien es filosofía.

—Cuando el normando rabia, prosiguió Meloir en el mismo tono, y está obligado á aparecer chancero, el normando recita apólogos.

—Tambien eso es filosofía, concluyó diciendo maese Gueffes.

—Vamos, bergante, exclamó el caballero levantándose de improviso, el aire de la madrugada es muy fresco..... Enciende fuego y basta de charla... Si sabes donde se oculta el traidor Maurever, me lo dirás para cumplir un deber de vasallo, ó sino á tí será á quien ahorquemos.

Gueffes no era hombre que se insurreccionase contra aquella brusca variacion.

Se inclinó humildemente y encendió fuego.

Pero sabia otras fábulas además de la de la zorra y las uvas.

El viejo Esopo no habia aguardado á nuestro Lafontaine para poner en accion la lógica vulgar.

Gueffes, á la par que soplaba las brasas, decia lo que el espigador de Esopo: « No cuentes mas que contigo mismo. »

Meloir, por su parte, se paseaba arriba y abajo por el cuarto, y sacudia sus entumecidos miembros.

Mientras el fuego ardia en el hogar se acercó á una ventana y fijó la vista en el campo.

La colina en que se hallaba situado el castillo de San Juan

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

apenas tenia cuatro ó cinco toesas de elevacion sobre el nivel de la playa; pero en aquella comarca, cinco toesas bastan para constituir una montaña y presentar ante la vista el horizonte mas extenso.

La ventana estaba en la parte opuesta á la Normandía. Meloir veia una grande extension de la playa en la direccion de Cherrueix y de Cancale, y en frente de sí el pantano, océano de verdor, en cuyo centro se vé cual una isla el monte Dol.

Alzábase el sol en el opuesto lado del castillo y detrás de la colina del Avranchaix. Elevábase hácia el zenit un color sonrosado y dejaba el Poniente perdido entre esas nubes cenicientas que se unen con nuestras nieblas de Bretaña y confunden en cierto modo la tierra con el cielo.

En el camino de Dol, á lo léjos, se movia un punto negro. El viento del Oeste trajo como el eco perdido de una fanfarria.

—¡Vive Dios! exclamó Meloir, allí viene Belissan, el montero, con mis lebreles de Rieux. Maese Gueffes, sabremos encontrar el rastro sin tí.

Maese Gueffes se quitó su gorro de lana.

—Si mi señor quiere sentarse con los piés junto al fuego, le serviré el almuerzo. Aun tengo algunas cosas mas que decir á mi señor.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII.

Proposiciones.

Cuando el caballero Meloir se hubo sentado con los piés junto al fuego y dió principio al ataque de las aves fiambres, absolutamente lo mismo que si no hubiera cenado la víspera, Gueffes, de pié junto á él, con el gorro en la mano y la enorme mandíbula inclinada, volvió á hacer uso de la palabra con el mayor respeto.

—Mi querido señor, dijo, no sé por qué me siento inclinado á quereros con la mayor ternura, lo mismo que puede hacerlo un perro con su amo.

—En otro tiempo tuve yo un mastin que me mordia, murmuró Meloir entre dos bocados.

—Yo, mi querido señor, nunca he encontrado un caballero que me haya tratado tan bondadosamente como vos, prosiguió Gueffes.

—Vamos, maese Vicente, no sois difícil de contentar.

—¡A fe mia! creo que si me mandaseis querer á Juanillo, le querria.

Meloir bostezó con la boca llena.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA